

ALFONSO REYES: EN LA IMAGEN DE LO CLÁSICO, LO CONTEMPORÁNEO

HÉCTOR PEREA

*CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO*

1

En la historia de la literatura mexicana contemporánea, el escritor más interesado en el estudio y promoción de la cultura griega clásica ha sido, desde luego, Alfonso Reyes.

Herederos en cierta forma de su vocación helenista, si bien a partir del acercamiento a la poesía griega de su tiempo y sin alcanzar los méritos del regiomontano en cuanto al dominio de la lengua, lo fueron Jaime García Terrés y Hugo Gutiérrez Vega. La labor de estos dos poetas como introductores y promotores del mundo griego en México, que participaron en la consolidación de la generación de medio siglo, se dio a partir de la década de los sesenta. Para entonces, Reyes había muerto. Pero no sin antes haber dictado en México sus últimas conferencias y escrito los trabajos más amplios y eruditos sobre helenismo. Acontecimientos, ambos, que ayudaron muy probablemente a afianzar la vocación de García Terrés y Gutiérrez Vega.

Por otro lado, entre los tres autores, editores y traductores mexicanos, se dio un espacio más en común. Una actividad que, en el caso de los dos últimos, resultaría determinante en cuanto a la consolidación de su vocación helenista. Me refiero a la práctica de la diplomacia. Para García Terrés y Gutiérrez Vega, el ejercicio de representación oficial fue, y por obvios motivos, el que terminó de afirmar sus gustos e inquietudes frente al universo griego, y sobre todo de cara a la contemporaneidad de este país en el que fueron embajadores con significativo

peso cultural. A Alfonso Reyes, que nunca tocó suelo griego y, aunque de manera velada, terminó siendo más influyente que los anteriores desde el punto de vista diplomático, lo que más le atrajo fue el pasado literario, histórico, filosófico y artístico de este enclave esencial en el desenvolvimiento cultural de Occidente. En cuanto a las inquietudes de estos tres autores que encierran el espíritu de dos generaciones de excepción, en función de comentaristas y, sobre todo, traductores y difusores, podemos descubrir sin demasiado esfuerzo las grandes diferencias que plantearon sus particulares formas de abordar el culto de Grecia.

Si por un lado Reyes, como traductor, realizó una versión parcial de la obra de Homero, con intención estética, ejemplarizante y formativa, y se extendió gustoso en poemas y ensayos sobre la vida y milagros de buena parte de los personajes de la *Ilíada*, García Terrés y Gutiérrez Vega comentarían y traducirían, de manera sólida aunque impresionista, las obras breves y profundas de Cavafis, Seferis, Elytis, y de muchos otros poetas más o menos actuales. Y hablarían también, de primera mano y en forma cotidiana y relajada, sobre el paisaje geográfico y humano de la Grecia del siglo XX.

Ahora bien, siendo una verdad que, al decirla, roza el lugar común, la imagen del Reyes helenista encierra, por otro, lado algo quizá no siempre apreciado en su justa dimensión ante la vastedad y variedad de los intereses y enfoques propuestos por el autor frente a esta pequeña región geográfica que, en relación a los estudiosos y los lectores habituales, sigue representando hoy, como en el pasado, todo un continente en cuanto a su trascendencia cultural y poder de convocatoria académica y vital.

Como es bien sabido, “Las tres *Electras* del teatro ateniense”,¹ escrito de juventud publicado en 1911, en París, dentro del primer libro de Reyes titulado *Cuestiones estéticas*, fue uno de los ensayos que catapultó el nombre del regiomontano más allá de las fronteras de su país y le abrió las puertas del ámbito académico europeo desde poco antes de su primer exilio velado de 1913. En este sentido, podríamos decir que la Grecia clásica, además de ser una afición ganada placenteramente desde México a nivel del estudio en los libros, y de ser el asunto medular en las interminables reuniones ateneístas, se convirtió de pronto en una inesperada tabla de salvamento cuando el incipiente abogado Reyes tuvo que asumir, de manera tajante y práctica, su condición de transterrado en España, y su postura ya profesional de escritor, investigador, periodista, traductor y editor.

Por otro lado, *Ifigenia cruel*, en cuyo comentario inicial volvería Reyes a ciertas ideas de un profundo conocimiento y sensibilidad ante la Grecia clásica – ideas ya expresadas en “Las tres *Electras*[...]”–, es el poema dramático que figura tradicionalmente como la obra de creación más comprometida con esta cultura y con la propia biografía de su autor, a partir de la intromisión en el texto –como debía de ser– de la tragedia familiar del 9 de febrero de 1913.² El momento más duro, casi insuperable, de la historia familiar del regiomontano y que, de hecho, provocaría el trastorno del país entero.

A este respecto, es importante señalar que para Reyes el universo griego no fue sólo un tema de estudio cultural, un interés pasajero, de juventud, de “la edad en que hay que suicidarse o redimirse”, como dice el propio escritor. Muy al contrario, y lejos de psicologías baratas, el helenismo fue para él algo tan personal y cotidiano como el reconocimiento de la vida misma en su inestable transcurrir.

¹ Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas, Obras completas*, I, México, FCE, 1996.

² El asesinato del padre, el general Bernardo Reyes, durante el intento de toma del Palacio Nacional que daría inicio a la Decena Trágica.

Sobre todo, visto como algo especial, en plena construcción y conquista día a día. Como lo más personal. Dice Reyes en su “Comentario” final a la *Ifigenia*:

Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra.³

Como tal, la pasión que despertaba el mundo griego y el interés por conocer mejor su cultura y difundirla a las nuevas generaciones se irían desarrollando a lo largo del tiempo. A la par de la existencia misma. De la existencia propia. ¿Qué mejor enseñanza de la asimilación a la vida privada del mito universal que el subrayado final de Reyes, hecho como de paso y ya con los pies en la tierra, en que indicaba haber iniciado su poema dramático en el plácido retiro del verano playero; y haberlo concluido, en Madrid, durante ese otoño?

Tanto “Las tres *Electras*[...]” como su *Ifigenia*[...], obras definitorias y contundentes dentro de la vida de Reyes y, hasta cierto punto, de la literatura de habla castellana, fueron trabajos en los que el autor dejó incubado el germen de lo que a lo largo de su vida llegarían a ser las opiniones básicas sobre Grecia. Con todo y lo anterior, estas dos obras no significaron la única labor helenista del polígrafo mexicano, y otros intentos suyos alcanzarían igual o mayor relevancia por distintos motivos.

En el caso de esta faceta de la producción del regiomontano, sucede en cierta forma lo mismo que cuando uno piensa en el Reyes poeta, narrador, periodista, ensayista o traductor de autores ingleses y franceses, anteriores o contemporáneos suyos. Aunque también, al abordar este asunto notaremos una diferencia significativa entre las otras formas de creación literaria y de investigación de Reyes y la manera en que éste manifestó su interés por el

³ Alfonso Reyes, “Ifigenia cruel. Poema dramático (1923)”, *Obras completas*, t. X, México, FCE, 1996, p. 352.

helenismo. Y es que por un lado, para bien y para mal, la magnitud del trabajo desarrollado alrededor del tema griego, así como la inclinación tanto suya como de Ernesto Mejía Sánchez y José Luis Martínez, editores de las *Obras completas*, en cuanto a considerar la recopilación del trabajo como un proceso necesariamente exhaustivo, ha creado un muro compacto que impide ver los productos individuales. O sea, las obras sueltas, los estudios y textos de creación como fueron concebidas en su origen, en una línea que habla con mucha claridad del carácter del propio autor.

Pues Alfonso Reyes veía en el libro a un objeto bello en su sencillez. Para él era un capricho íntimo, de proporciones reducidas. Suerte de *folly* de arquitectura editorial en el que a partir de unas cuantas páginas, reunidas al instante, a veces al azar, se buscaría el contraste entre la modestia física del objeto y la riqueza de propuestas intelectuales, literarias o de cualquier otro tipo por éste contenidas. El libro significaba, además, el espacio más contundente de la libertad. A este respecto, en el “Comentario” a su *Ifigenia*, Reyes propondría un curioso símil al referir la apropiación y adaptación por parte del individuo, de los temas literarios universales. Acerca de la presunta falta de originalidad que esto acarrearía, Reyes aseguraba que, al contrario de lo que en ocasiones se piensa, los grandes temas son tan marcadamente propios que “sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama”. Al libro predilecto, como a los amigos íntimos, se les trata, concluía el autor, “con todas las veleidades de la sinceridad”.

Lo anterior se hace más evidente cuando uno descubre que, aun en el caso de las *Obras completas*, la versión de lujo fue, para Reyes, la rústica; y la comercial, la de tapa dura, encuadernada en tela y con lomo de cuero. A lo anterior habría que sumar la idea que el regiomontano guardó toda su vida sobre la escritura fragmentaria, que aplicaría no sólo a los trabajos literarios de creación,

sino incluso a varios de los estudios más ambiciosos y eruditos sobre la Grecia clásica.

Si por un lado resulta difícil concebir obras ensayísticas, de poesía y narrativa como *Calendario*, *Minuta*, *Romances del Río de Enero*, *Árbol de pólvora* o *Ancorajes* fuera de sus modestos aunque refinados diseños originales, refundidos, perdidos ahora en volúmenes que sobrepasan las 500 páginas; por el otro, y ya en el caso que nos concierne, el maridaje entre la traducción parcial de la *Ilíada*, la tipografía de la edición en rústica y en pliegos sueltos de papel Amecameca, con el acompañamiento de los grabados en tonos ocre, también independientes, de Elvira Gascón, permitirá una lectura del poema muy distinta de la conseguida en *Obras completas*, donde se considera a la *Ilíada* como una pieza más de sus estudios helénicos.

Otro tanto sucederá con la apreciación del *Homero en Cuernavaca* y de multitud de ensayos y artículos sueltos en los que el autor hace referencia al ámbito helénico cuando habla de otros muchos temas, incluyendo el científico. Será absolutamente distinta la lectura de estos poemas y prosas ensayísticas o de ficción, por lo general breves, dentro de las revistas, páginas de periódico o volúmenes compilatorios originales, que en la acumulación canónica de las *Obras completas*. La aproximación a estos trabajos, que bajo cualquier pretexto incorporaron el espíritu de la Grecia clásica, difiere por completo de la anterior, más próxima a la consignación académica, a partir de la manera en que se manifestó, en las primeras versiones, la firma de Reyes. Y que es bajo el enfoque más personal posible o con una intención francamente de divulgación. Marcas de origen, ambas, de estos escritos y, repito, sello de carácter del Reyes más suelto, relajado, chispeante y sugestivo.

Aunque, por otro lado, lo que sí permite la reunión amplia y definitiva de los materiales relacionados con la cultura griega en *Obras completas*, es comprobar la coherencia y el rigor con que Reyes concibió sus estudios y aproximaciones de distinto orden, ya que los tomos XIII, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX constituyen

prácticamente una enciclopedia de más de tres mil páginas sobre el helenismo. Este enorme libro de consulta, en su versión definitiva, mucho le debe por cierto a Ernesto Mejía Sánchez.

3

Alfonso Reyes se aproximó al tema con múltiples intenciones y por diversas vías, y sin el afán de convertirse, o en ser considerado como el mayor especialista en este campo. Todo el tiempo, y en las más variadas aproximaciones a la cultura griega clásica, citó las fuentes correspondientes y sin complejo alguno admitió la intención promocional y educativa en cuanto a la mayor parte de sus trabajos. De la misma forma, la presencia de la cultura griega, vista por él como elemento fundacional y definitorio del pasado y de la contemporaneidad occidental, apareció en las manifestaciones literarias más variadas de este autor.

Como ya se vio, algo especialmente rico fue la manera como Reyes fusionó su vida de juventud con la tragedia griega; cercana, según descubrió el regiomontano, al sentido que tomaba su propia existencia. Pero también lo fue la forma como el devenir de su cotidianeidad se involucró en un proyecto ambiciosísimo, la investigación y enseñanza en detalle del universo heleno, a partir del momento en que, vuelto definitivamente a México después de veinte años en el extranjero, buscó una reintegración plena a su país.

En un cierto sentido, y sin superarla nunca por completo, la tragedia personal lo había aproximado al mundo griego de manera, digamos, más pura. No existiendo ya el nexos pasional directo, histórico, íntimo, la pasión por el tema se encontraría ahora en una suerte de terreno neutral. Libre de condicionantes, Reyes podía enfrentar el fenómeno sin cortapisas emocionales. Esto se nota enseguida en trabajos del regiomontano que, siendo de corte más erudito, están

sin embargo enfocados a la enseñanza de los rasgos culturales de la Grecia clásica. Pero también en obras de creación.

Su ya mencionado volumen de poemas *Homero en Cuernavaca*, de 1951, es un claro ejemplo de lo anterior. Reyes abría el libro con su conocido “A Cuernavaca voy, dulce retiro...”,⁴ verso muy personal con el que indicaba el estado de agotamiento en que se encontraba, e insinuaba con sutileza su condición cardíaca. Pero enseguida el autor dedicaría el poemario entero, “de cara a los volcanes” —expresión que habla también de su entusiasmo por volver al tema universal desde su tierra—, a la descripción en sonetos de los siempre queridos personajes de la *Ilíada*, obra convertida por entonces en el centro de sus múltiples obsesiones.

Para la preparación del tomo XIX de *Obras completas*, Mejía Sánchez hizo en el *Diario* inédito de Reyes un amplio rastreo del proceso de traducción de la *Ilíada*. En estas líneas breves pero frecuentes se descubre la trascendencia del renovado acercamiento a la cultura griega. También, que la pasión surgida durante los años del último porfiriato no sólo se mantuvo, sino que fue creciendo a la par de muchos otros intereses del autor. De hecho, y en sintonía con lo expresado en los veintes en que escribió y explicó su *Ifigenia cruel*, a Reyes se le escaparía en varias ocasiones la expresión *mi Ilíada*, a la hora de definir lo que traducía por entonces. Los apuntes del *Diario* son de una precisión extraordinaria. A través de esos comentarios deshilachados, sintéticos, podemos medir el grado de dificultad del trabajo, así como el entusiasmo que le producían al regiomontano los aciertos y cómo la obra iba conectando con aspectos varios de sus cursos en El Colegio Nacional. Pero también se perciben las caídas de ánimo que dejaban las desconexiones momentáneas —y naturales— con *su Ilíada*. Y es que esta traducción al español, a diferencia de las realizadas por encargo durante sus años madrileños, Reyes no la hacía en plan de supervivencia. Muy al contrario, su versión del poema era parte medular, suma, en cierta forma, de todo lo contenido

⁴ Alfonso Reyes, *Obras completas*, X, México, FCE, 1996, p. 403.

en su “minúscula Grecia”. Por lo mismo, *La Ilíada de Homero. Primera parte. Aquiles agraviado*,⁵ puede considerarse hoy, perfectamente, como uno más de los libros de Reyes. De sus pequeños caprichos de cabecera, tan personales como universales.

Grecia estuvo siempre presente en el escritor y diplomático al abordar otros campos de interés. En particular, Reyes aplicó sus conocimientos y conclusiones respecto al perfil de la cultura helénica en función de la divulgación pausada, a nivel más o menos popular, de temas como la religión, la filosofía, la crítica, la literatura, el arte y, principalmente, la historia. Y el regiomontano lo hizo en el mejor estilo ateneísta: buscando el acercamiento a las fuentes más próximas al origen o bien bajo la influencia de los autores y estudios más reconocidos. El resultado de estas indagaciones, así como los posibles hallazgos y nuevas propuestas, Reyes los fue mostrando a un público que de igual forma se aproximaba al asunto en papel de especialista o como simple interesado.

Si uno acude a los textos recogidos en sus *Obras completas*, leídos en una primera versión durante los cursos que el autor impartió en El Colegio Nacional y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, durante la última década de su vida, apreciará que, al contrario de rebajar la calidad del contenido, el vocabulario o la terminología para su mejor divulgación, Reyes siempre buscó mantener el nivel más alto posible. Pues lo que pretendía era lograr el mejoramiento cultural del escucha o del lector y la participación de los mismos en un tú a tú de orden intelectual.

A propósito de esta eterna inclinación didáctica y promocional, resulta interesante observar que prácticas habituales en Reyes desde su juventud, como el ejercicio del periodismo, la ensayística más suelta, la investigación de archivo, la traducción y la siempre gustosa participación como conferencista, fueron medios frecuentes de proyección, por parte de él, de los más diversos aspectos de la cultura griega. En la aproximación al helenismo, Reyes, en pequeña escala,

⁵ Alfonso Reyes, *Obras completas*, XIX, México, FCE, 2000.

recreó el horizonte completo de sus otros intereses. De esta manera, sus aproximaciones de corte académico tuvieron una extensión sin artificio en el comentario ligero y siempre informado. Comentario, sobre todo, asimilable por casi cualquier público. Y es que para Alfonso Reyes, personaje de su tiempo, no había divorcio sino, al contrario, una continuidad lógica entre la historia, en mayúsculas, del helenismo y su reflejo en los hechos más sencillos de las sociedades antigua y actual.

El regiomontano descubría, incluso en algunos rasgos de la sociedad más contemporánea, cierto estilo de la antigüedad helena, conviviendo con elementos y actitudes absolutamente nuevos. Y desde luego que para él no fue nunca raro que, empezando por la nomenclatura, muchos elementos provenientes del helenismo fueran los definidores o intérpretes, tanto para el especialista como para el ciudadano común, de los avances científicos y tecnológicos.

De vuelta con lo que tanto disfrutó en su juventud y que resultó tan práctico a la hora de superar los problemas económicos derivados de su condición de exilio, Alfonso Reyes regresó durante los últimos años de vida al diarismo. Desarrollado a la par de sus trabajos helénicos más profundos y eruditos, el periodismo de Reyes, ágil, propositivo y siempre contemporáneo, se vio asimismo impregnado del espíritu de la antigüedad griega. En multitud de colaboraciones, ya fuera al hablar de aspectos culturales como de los logros más actuales de la humanidad, Reyes fue dejando aquí y allá multitud de referencias, antecedentes, anécdotas, coincidencias, anticipos en los que la presencia de la cultura helena se hacía más que patente dentro del mundo actual.

Por último, quisiera señalar que, de acuerdo a su costumbre frente a todos los temas abordados, en esos años en que Reyes desarrolló una labor periodística meticulosa, exhaustiva, creativa, incluso me atrevería a decir obsesiva en favor del helenismo, al hablar sobre magia, física, matemáticas, biología, historia, economía, cibernética, robótica, futurismo, inteligencia artificial, y sobre muchos

otros asuntos, consideró siempre, y en primerísimo lugar, las aportaciones de su muy querida y personal antigüedad griega.